Diario de Cádiz
9 de diciembre 1990

Flamenco

UNA APORTACION DECISIVA

Fernando Quiñones

INJUSTAMENTE, la generación del 98 desahoga contra el casticismo nacional —toros y flamenco sobre todo— sus justas decepción y contrariedad ante la acelerada decadencia de España. Esa actitud negativa persistirá en esctritores posteriores: en Ortega y Gasset, por ejemplo, haciendo salvedad de su flanco taurino, o en Eugenio Noel, por citar sólo a dos autores significados.

Abundante en andaluces, la generación del 27 se muestra, en cambio, bastante tauromáquica y flamenca. En Granada y en 1922, el Concurso de Cante Jondo, promovido entre otros por Falla y García Lorca, tuvo según Julián Pemartín «trascendencia decisiva para la revalorización y sobrevivencia del cante» pese a algunos palmarios errores de planteamiento.

Arrimado a la generación y, sin duda, parte de ella, el matador de toros y escritor Ignacio Sánchez Mejías aglutina en su figura la doble afición taurino-flamenca que granará entre los del 27. En el centenario de Góngora y en su finca sevillana de Pino Montano, la persona y el arte del cantaor Manuel Torre cautivan a los poetas congregados, como Alvarez Caballero podría contarnos en la primera mesa redonda del congreso en puertas.

La Niña de los Peines, los gaditanos Manolo Vargas e Ignacio Espeleta, «hermoso como una tortuga romana», también contactarán por aquellos años con Federico García Lorca, que dedica a Torre parte de su bello «Poema del Cante Jondo» y cuyas prosas digamos flamencológicas (la conferencia sobre el duende es otro cantar) no dan muy en el clavo pese a sus juveniles calor y empeño. Por cierto que tan bonito como interesante sería, y no se ha hecho, rastrear los pasos flamencos de Federico en el Cádiz de los últimos años 20 y los primeos 30.

Ganadero y poeta, aquel don Fernando Villalón para quien el mundo se dividía en dos partes, Cádiz y Sevilla, escribió letras con



Manuel Torre

métrica de cante, soleares sobre todo, al igual que las escribieran, de modo ocasional, José Bergamín, Dámaso Alonso, Gerardo Diego y Rafael Alberti, autor asimismo de varios poemas a artistas flamencos como Micaela «La Chunga», Pepe Menese o Manuel Gerena.

La de «tradición y vanguardia» es una denominación atinadísima para el congreso que abrimos pasado mañana, ya que la generación del 27 se nos muestra feliz y vivamente aferrada tanto a lo más válido y jugoso del pasado como a la experimentación y a la ruptura en busca de nuevas formas expresivas.

A ese rico y difícil equilibrio, decisivo en las artes y presente en la obra del amplio grupo del 27 y en la personalidad de la mayoría de sus componentes, siempre lo vi ejemplificado y como sintetizado en cuatro versos del malagueño, y miembro de la generación, Manuel Altolaguirre. Cuatro versos de su libro «Las islas invitadas» con tanto de eco popular y flamenco cuanto de resonancia surrealista en su concepto y en su forma, como si, imposible y maravillosamente, Enrique «El Mellizo» y André Breton lo hubieran puesto a medias en el mundo desde el Cádiz de la Tienda del Mataero y el París de Saint Germain:

Era mi dolor tan alto
que la puerta de la casa
por donde salí llorando
me llegaba a la cintura.